

vuestras ocupaciones, y aun de vuestras distracciones, hayáis podido trazar un plan tan lleno de genio y de recursos. Convenimos en que es la obra de una inteligencia superior. Me diréis: « ¿Por qué no lo aceptáis, pues? » Veréis las razones en la pequeña Memoria que enviamos á M. y Madama de Argental.

Madama Denis, M. y Madama de La Harpe, nuestros actores y yo, hemos examinado en todos sentidos lo que nos proponéis. Nos hemos representado vivamente la acción, todo lo que la misma comprende, y todo lo que debe hacer decir; todos tenemos un parecer unánime, y hasta nos atrevemos á lisonjearnos de que cuando examinéis las razones expuestas en nuestra Memoria, os parecerán convincentes.

Es verdad que á pesar de todos nuestros razonamientos, tememos no tener razón cuando disintimos de vuestro parecer. Comprendemos que hay algo de aventurado en el quinto acto, pero no podemos juzgar sino por la impresión que nos deja. Lo representamos, y nos produce un efecto terrible.

¿Cómo queréis que abandonemos lo que nos conmueve para adoptar un plan que, por muy ingenioso que sea, nos parece tener dificultades insuperables. Siempre ocurrirá con una tragedia lo que con todos los negocios de este mundo. Hay que escoger los inconvenientes de menos monta. Habrá, sin duda, críticas; *Zaira*, *Mélope*, *Tancredo*, etc., fueron muy criticadas, y *El Sitio de Calais* inspiró el mayor entusiasmo. Hay que someterse á ese capricho de los hombres; pero estamos persuadidos de que el fuego del quinto acto triunfará de todas las críticas que forme la sangre fría.

El espectador sospecha, seguramente, en la tragedia de *Olimpia* que ésta se arrojará á la hoguera de su madre; precisamente esta sospecha es lo que inspira la

curiosidad y el enternecimiento. Es propio de la naturaleza humana el querer ver cómo se realizan las cosas que se adivinan. Esto es lo que detallamos en nuestra Memoria, que os suplicamos leáis con imparcialidad.

Por mi parte desconfío de mis ideas; prefiero y respeto las vuestras, lo mismo que vuestra persona. Siento timidez y vergüenza en tener un parecer distinto del vuestro; pero, en fin, en materia de arte no hay que trabajar nunca contra sus propios sentimientos, del mismo modo que en la moral no hay que obrar contra su conciencia: de lo contrario, está uno seguro de trabajar muy mal, el entusiasmo se apaga por completo, y la inteligencia, constreñida, pierde toda su elasticidad. Se escribe razonablemente, pero con frialdad. En una palabra, leed nuestra exposición, y juzgadnos.

Aceptad, señor, el cariñoso y respetuoso afecto que os profeso, así como á Madama de Chauvelin y á todos los vuestros.

N. B. — Después de escrita mi carta, hemos representado la pieza; el quinto acto ha causado más efecto que los otros, y se han derramado muchas lágrimas.

AL SEÑOR MARISCAL DE RICHELIEU

Ferney, 1 de Marzo de 1767

Os habéis dignado, monseñor, hacer una corta visita á Ferney. Madama Denis va á pagárosla. Su salud se halla en estado deplorable, y no hay ya en Ginebra ni médico á quien poder consultar, ni auxilio que esperar; por otra parte, veinte años de ausencia han perjudicado á mi fortuna, y no han hecho bien á la suya. Mi hija adoptiva Corneille la acompaña á Paris, donde verá representar deplorablemente las piezas de su tío;

por mi parte, me quedo en mi desierto: es preciso que se quede alguien cuidando de la casa; es mi único consuelo. Mucho mayor seria si pudiese haceros la corte; pero es una felicidad que no puedo esperar, pues la vida de París no conviene ni á mi edad, ni á mis enfermedades, ni á las circunstancias en que me encuentro. Sentiría mucho morir sin haberme despedido de vos. Me considero ya como hombre muerto, aunque he procurado distraer mi agonía lo más que he podido. No solamente os di un adiós eterno cuando honrasteis mi retiro con vuestra presencia, sino que siempre he tenido el pesar de no poder escribiros sino vaguedades. Hoy día nos está vedada la satisfacción de abrir nuestro corazón. He respetado las cortapisas que hoy tiene la libertad del estilo epistolar; así es que no he podido sino fastidiaros. Hubiera deseado hacer un corto viaje á Burdeos para contemplaros en medio de vuestra gloria; pero es éste un placer al que también he tenido que renunciar. Estoy muerto y enterrado.

La bondad con que os habéis dignado hacer pagar lo que se me debe de mi renta, redundará por completo en beneficio de Madama Denis y de Madama Dupuits. Para las mujeres todo es poco, mientras que un viejo solitario nada necesita. Ni siquiera me he reservado caballos para pasearme. Si estuviese solo no necesitaría nada. Os doy gracias en nombre de Madama Denis, que muy pronto os las dará en persona, al mismo tiempo que os presento el homenaje de mi afecto inolvidable y de mi respeto.

À M. LEKAIN

2 de Marzo de 1767.

Mi querido amigo, podéis estar seguro de que me in-

teresa más vuestra salud que todos los *Escitas* del mundo. Os suplico que os cuidéis; para ser héroe es preciso estar bueno: todos los de la antigüedad tenían una salud de hierro. Poco importa que se representen los *Escitas* antes ó después de Pascua; pero si podéis dar cuatro ó cinco representaciones antes de que acabe la Cuaresma, os aconsejo que no perdáis esas cuatro ó cinco buenas entradas, porque es casi imposible que la edición de Cramer no salga al público en la quincena de Pascua.

En un principio no pensé hacer representar esta pieza, según lo indica claramente el prefacio; pero puesto que la representan en Ginebra, Lausana y en mi casa, y la han de representar en Lyon y en Burdeos, es muy justo que déis algunas representaciones. Podéis estar seguro de que tendré cuidado de vuestros intereses en la edición que se haga en París, aunque es difícil obtener de los libreros condiciones tan favorables para una pieza ya impresa como para una enteramente nueva.

Os ruego que os entretengáis durante vuestra convalecencia en hacer en los papeles las correcciones y cambios que os he enviado. He aquí una que os recomiendo: se refiere á la primera escena del acto V. Me ha parecido al ver la representación, que Sozamo debía hablar antes que su hija, y que Obeida debía hallarse demasiado consternada para responder á la proposición que se le hace de inmolar á Atamaro. He aquí este ligero cambio:

OBEIDA

Je n'en apprendis que trop.

SOZAMO

Je vous l'ai déclaré,

Je respecte un usage en ces lieux consacré;

Mais de sévères lois par vos aïeux dictées

Les têtes de nos rois pourraient être exceptées.

EL ESCITA

Plus les princes sont grands, etc.

Por lo demás, no confío en el papel de Obeida, sino en el caso en que os toméis la molestia de dirigir á la actriz. Habéis debido recibir el impreso á cuyo margen he escrito mis acotaciones. Este personaje exige un dolor casi siempre ahogado, pausas, suspiros, un juego mudo y gran inteligencia del teatro. Sólo en el quinto acto se despliegan sus sentimientos cuando llega el momento de las imprecaciones, las cuales siempre tienen éxito.

Madama Denis os envía mil cumplidos. Ya no representa, ni yo tampoco, pero M. de La Harpe es un excelente actor. Os abrazo con toda mi alma.

Á M. LINGUET,

ACERCA DE MONTESQUIEU Y GROCIO

15 de Marzo de 1767.

.....

 Creo como vos, señor, que hay más de un descuido en el *Espíritu de las Leyes*. Muy pocos lectores se fijan en ello; así es que no han observado que casi todas las notas de Montesquieu son falsas. Cita el supuesto testamento del duque de Richelieu, y le hace decir, en el capítulo VI del libro tercero, que si se encuentra en el pueblo algún desdichado hombre honrado no hay que servirse de él.

Este testamento, que, por otra parte, no merece ser citado, dice precisamente lo contrario, y no en el capi-

tulo VI, sino en el IV. Hace decir á Plutarco que las mujeres no tienen parte ninguna en el verdadero amor. No se fija en que es uno de los interlocutores el que habla, un griego, demasiado griego, que es objeto de una severa reprensión por parte del filósofo Dafneo, á cuyas ideas se inclina Plutarco. Este diálogo se halla por completo consagrado al amor de las mujeres; pero Montesquieu leía superficialmente y juzgaba con demasiada ligereza.

El mismo descuido le hace decir que el gran señor no estaba obligado por la ley á cumplir su palabra; que todo comercio al por menor era notado de infamia entre los griegos; que deplora la ceguedad de Francisco I, que rechazaba á Cristóbal Colón, cuando éste le proponía las Indias, etc. Sabido es que Cristóbal Colón había descubierto la América antes que naciese Francisco I.

La vivacidad de su ingenio le hace decir en el mismo sitio, libro IV, capítulo XIX, que el Consejo de España hizo mal en prohibir el empleo del oro en los dorados. Un decreto semejante, dice, sería parecido al que dictasen los Estados de Holanda prohibiendo la canela. No reflexiona que los españoles no tenían manufacturas y que hubieran tenido que comprar las telas y galones de los extranjeros, mientras que los holandeses no podían comprar la canela en otra parte que en sus dominios.

Casi todos los ejemplos que cita están sacados de pueblos desconocidos del fondo de Asia, bajo la fe de algunos viajeros mal informados ó mentirosos.

Afirma que no hay en Persia más río navegable que el Ciro: olvida el Tigris, el Eufrates, el Oxo, el Araxes, el Fases y el Indo mismo, que corrió largo tiempo en los dominios de los reyes de Persia. Chardin nos ase-

gura en su tomo III que el rio Zanderut, que atraviesa á Ispahán, es tan ancho como el Sena en Paris, y que á veces inunda las casas de los muelles de la ciudad.

Desgraciadamente, el sistema del *Espíritu de las Leyes* tiene por fundamento una antítesis que resulta falsa. Dice que las monarquías están fundadas en el honor y las repúblicas en la virtud; y para mantener esta paradoja, dice en el libro III, capítulo VIII: « La naturaleza del honor consiste en pedir preferencias y distinciones; el honor, pues, por su misma esencia, corresponde al gobierno monárquico.» Debería pensar que por la misma razón se solicitaban en la república romana la pretura, el consulado, el triunfo, las coronas y las estatuas.

Me he tomado la libertad de notar algunos errores semejantes en este libro, que, por otra parte, es muy estimable. No me maravillaría de que esta obra célebre os pareciese más llena de epigramas que de razonamientos sólidos; y, sin embargo, hay en ella tanto ingenio y chispa, que se la preferirá siempre á Grocio y á Puffendorf, los cuales tienen la desgracia de ser siempre fastidiosos, y de tener más pesadez que gravedad.

Grocio, á quien atacáis con tanta justicia, usurpó en su época una reputación que estaba muy lejos de merecer. Su tratado de la *Religión cristiana* no es estimado por los verdaderos sabios. Allí dice, en el capítulo XXII de su libro I, que el incendio del universo se halla anunciado en Histaspes y en las Sibilas. Agrega á estos testimonios los de Ovidio y Lucano; cita á Licofrón para probar la historia de Jonás.

Si queréis juzgar del carácter del ingenio de Grocio, leed su arenga á la reina Ana de Austria con motivo de su preñez. La compara á la judía Ana, que tuvo

nijos siendo ya anciana; dice que los delfines saltando en la superficie del agua anuncian el fin de las tempestades; y que por la misma razón el pequeño delfín, que ya se agitaba en el materno seno, anunciaba el fin de las turbulencias del reino.

Podría citaros cien ejemplos de esta elocuencia de colegio en Grocio, á quien han admirado tanto. Se necesita tiempo para apreciar los libros y para fijar las reputaciones.

No temáis que el pueblo bajo lea jamás á Grocio y á Puffendorf, pues no le gusta fastidiarse. Leería más bien si pudiese, algunos capítulos del *Espíritu de las Leyes*, que se hallan al alcance de todas las inteligencias, porque son muy naturales y agradables. Pero distingamos en lo que llamáis pueblo las profesiones que exigen cierta educación y las que sólo piden el trabajo manual y el cansancio diario. Esta última clase es la más numerosa. Para descansar y para divertirse irá siempre á la misa mayor y á la taberna; porque en la primera oye cantar, y en la segunda canta ella misma. Pero en cuanto á los artesanos algo más elevados, que se ven obligados por su profesión misma á reflexionar mucho, á perfeccionar su gusto y á aumentar su instrucción, éstos ya empiezan á leer en toda Europa. En Paris no conocéis más suizos que los que están á la puerta de los grandes señores, ó á los que Molière hace hablar en escena una jerga ininteligible; pero los parisienses se asombrarían si viesan en muchas ciudades de Suiza, y sobre todo en Ginebra, á casi todos los empleados de las manufacturas, que pasan leyendo el tiempo que no pueden consagrar al trabajo. No se ha perdido todo cuando se pone al pueblo en disposición de echar de ver que está dotado de inteligencia. Por el contrario, cuando se le trata como un rebaño de

toros, todo está perdido; porque tarde ó temprano os hieren con sus cuernos: ¿Creéis que leyó y razonó mucho el pueblo que tomó parte en las guerras civiles de las Dos Rosas de Inglaterra, en las que hizo perecer en un caldoso á Carlos I; en los horrores de los Armagnacs y de los Borgoñones, y en las mismas guerras de la Liga? El pueblo ignorante y feroz era dirigido por algunos doctores fanáticos, que gritaban: « Matad en nombre de Dios. » Hoy desafiaria á Cromwell á que trastornase á Inglaterra con su galimatías de energúmeno; á Juan de Leyden á que se hiciese rey de Munster, y al Cardenal de Retz á hacer levantar barricadas en París. En fin, señor, no sois vos quien ha de impedir á los hombres el leer, porque perderíais demasiado en ello.

Á LA EMPERATRIZ DE RUSIA

26 de Mayo de 1767

Un voyage en Asie! Allez vous l'entreprendre,
Belle et sublime Talestris?
Que ferez vous dans ce pays?
Vous n'y verrez point d'Alexandre.

¡ Ay de mí! Vuestra Majestad imperial podría dar la vuelta al mundo sin encontrar reyes dignos de sí. Viaja como Ceres la legisladora, haciendo bien al mundo. No conozco la lengua rusa; pero por la traducción que os dignáis enviarme, veo que tiene inversiones y giros que faltan en la nuestra. No soy como una dama de la corte de Versalles, que decia: « Es lástima que la torre de Babel haya dado lugar á la confusión de las lenguas; á no ser por eso, todo el mundo hablaría francés. »

El emperador de la China, Cam-hi, vuestro vecino, preguntaba á un misionero si era posible hacer versos en las lenguas de Europa: no queria creerlo.

Dígnese Vuestra Majestad Imperial aceptar la expresión de mis sentimientos y el profundísimo respeto de este viejo suizo, etc.

Á M. DE PARCIEUX

ACERCA DE SU PROYECTO DE TRAER Á PARÍS LAS AGUAS
DEL RÍO YVETTE

Ferney, 17 de Julio de 1767.

Habéis debido señor, recibir elogios y testimonios de gratitud de todos los hombres influyentes. Hoy los recibiréis sólo de un hombre muy inútil, pero también muy sensible á vuestro mérito y á vuestros grandes designios patrióticos. Si mi vejez y mis enfermedades me han obligado á renunciar á París, mi corazón sigue siempre siendo vuestro conciudadano. No beberé ya las aguas del Sena, ni las de Arcueil, ni las del Yvette, ni siquiera las de la fuente Hipocrene, pero me interesaré siempre por el gran monumeto que tratáis de levantar. Es digno de los antiguos romanos; pero desgraciadamente, no somos romanos. No me maravilla que M. de Sartine patrocine vuestro proyecto. Piensa como Agrippa; pero el Hotel de Ville de Paris no es el Capitolio. No se siente gastar el dinero para tener una Ópera Cómica, pero se sentirá si es para tener acueductos dignos de Augusto. Deseo vivamente equivocarme. Me alegraría ver la fuente de Yvette formar una ancha taza en torno de la estatua de Luis XV, y me alegraría que todas las casas de Paris tuviesen

agua, como las de Londres. Somos los últimos en todo. Los ingleses nos han precedido y nos han servido de maestros en las matemáticas, y los italianos en arquitectura, pintura, poesía y música; lo siento mucho.

Tengo el honor de ser, con la estima infinita que merecéis, y con el agradecimiento de un ciudadano, vuestro, etc.

À M. COLLINI

EN MANHEIM

Ferney, 21 de Octubre de 1767.

He leído, mi querido amigo, con el mayor placer, vuestra disertación sobre el mal humor que justamente sentía el elector palatino Carlos Luis contra el vizconde de Turena. Pensáis con tanta sagacidad como pureza al expresaros en nuestra lengua. Reconozco en ello *il genio fiorentino*. Haré uso de vuestras conjeturas en la nueva edición de *El Siglo de Luis XIV* que está en prensa, y me alegraré mucho de haceros toda la justicia que merecéis. He aquí entre tanto todo lo que sé de esta aventura y las ideas que trae á mi memoria.

He tenido el honor de ver con mucha frecuencia en mi juventud al Cardenal d'Auvergne y al caballero de Bouillon, sobrino del vizconde de Turena. Ni ellos ni el príncipe de Vendôme dudaban acerca del cartel; era una opinión generalmente admitida. Verdad es que todos los antiguos oficiales, lo mismo que los literatos, sentían el mayor desprecio hacia el supuesto Dubuissón, autor de la mala *Historia de Turena*. El novelista Sandras de Courtils, oculto con el seudónimo de Dubuissón, y que mezclaba siempre la verdad con la ficción para vender mejor sus libros, pudo muy bien ha-

ber forjado la carta del elector, sin que dejase de ser cierto el fondo de la aventura.

El testimonio del marqués de Beauvau, tan enterado en los asuntos de su época, tiene el mayor peso. La debilidad en que incurria al creer en brujos y aparecidos, debilidad muy común en aquel tiempo, sobre todo en Lorena, no me parece una razón para acusarle de falsedad en lo relativo á lo que dice acerca de las personas vivas á quienes conoció y trató.

El desafío propuesto por el elector, no me parece enteramente incompatible con su situación y su carácter; se veía indignamente oprimido; y un hombre que en 1655 había tirado un tintero á la cabeza de un ministro plenipotenciario, podía muy bien enviar un cartel de desafío en 1664 á un general que incendiaba su país sin ningún motivo plausible.

El presidente Hénault puede haberse equivocado al decir: «Que el señor de Turena respondió con una moderación que hizo avergonzarse de su bravata al elector.» No era, en mi sentir, una bravata, sino una indignación muy justa en un príncipe sensible y cruelmente ofendido.

No estaba lejos la época en que los duelos entre príncipes habían sido muy comunes. El duque de Beaufort, general de los ejércitos de la Fronda, había matado en duelo al duque de Nemours. El hijo del duque de Guisa había querido batirse con el gran Condé. También veréis en las *Cartas de Pélisson* que Luis XIV mismo preguntó si le sería permitido en conciencia batirse con el emperador Leopoldo.

No me maravillaría que el elector, á pesar de ser tolerante (como debe serlo todo príncipe ilustrado) echase en cara, en medio de su cólera, al mariscal de Turena su cambio de religión; cambio que tal vez sólo

realizó con la esperanza de conseguir la espada de condestable, que no consiguió. Un príncipe tolerante y hasta muy indiferente en cuanto á las opiniones religiosas que dividen á los cristianos, puede muy bien, en un momento de cólera, hacer avergonzarse á un ambicioso de quien sospecha que se ha hecho católico romano por política, á la edad de cincuenta y cinco años; porque es probable que un hombre á esa edad, ocupado en intrigas de corte, y lo que es peor, en intrigas de amor y en las crueldades de la guerra, no abraza una religión nueva por convicción. Había cambiado dos veces de partido en las guerras civiles.

Tampoco me maravillarian los estragos causados en diferentes épocas en el Palatinado por M. de Turena. Hacía subsistir á sus tropas lo mismo á expensas de los amigos que de los enemigos. Es muy verosímil que había maltratado un poco aquel hermoso país hasta en 1644, cuando el rey de Francia era aliado del elector, y el ejército francés marchaba contra Baviera. Turena dejó siempre á sus soldados demasiada licencia. Veréis en las Memorias del marqués de La Fare, que precisamente por la época del cartel había tratado con muy poca consideración á la Lorena, y hasta había dejado saquear el país de Metz; por más que el intendente se le quejaba, se contentaba con responder friamente: *Lo haré anunciar en la orden del día.*

Pienso, como vos, que el tenor de las cartas del elector y del mariscal de Turena no es exacto. Desgraciadamente, los historiadores no tienen escrúpulo en hacer hablar á sus héroes. No puedo aprobar en Tito Livio lo que me gusta en Homero. Sospecho que la carta de Ramsay es tan apócrifa como la del gascón Sandras; Ramsay el escocés era aún mas gascón que él. Recuerdo que dió al niño Luis Racine, hijo del

gran Racine, una carta en nombre de Pope, en la que éste trataba de justificar las ligeras libertades que se había tomado en su *Ensayo sobre el hombre*. Ramsay había trabajado mucho para escribir esta carta en francés, pero era bastante elocuente. Ahora bien; me haréis el favor de observar que Pope apenas sabía francés, y que no había escrito nunca una línea en esta lengua; es una verdad de que he sido testigo, y que conocen todos los literatos de Inglaterra. He aquí lo que se llama una gran mentira impresa. Hasta hay en esta ficción algo de falsario que me da pena.

No debe sorprenderos que M. de Chenevière no haya podido encontrar en el depósito de la guerra ni el cartel ni la carta del mariscal de Turena. Era una carta particular de M. de Turena al rey y no al marqués de Louvois. Por la misma razón no debe hallarse en los archivos de Manheim. Es muy verosímil que no guardaran copia de estas cartas llenas de animosidad, como no se guarda de las cartas de amor.

Sea como quiera, si el elector palatino envió un cartel por medio del trompeta Petit Jean, pareceme que hizo bien, y que no hay en eso nada de ridículo. Si lo hubiera habido, si esa bravata hubiera sido vergonzosa, como afirma el presidente Hénault, ¿cómo no la hubiera desmentido públicamente el elector, que veía circular la noticia por toda Europa? ¿Cómo no hubiera protestado contra esta impostura ningún hombre de su corte?

Por mi parte, no diría, como ese tunante de Frerón en la *Escocesa*: « Lo juraría, pero no apostaría nada. » Yo os diré: « Ni lo juro, ni apuesto. » Lo que si juraría es que los dos incendios del Palatinado son abominables. Os juro, además, que si me fuera posible trasladarme, y si no me viese obligado á no salir de mi

cuarto desde hace cerca de tres años y á guardar cama desde hace dos meses, iría á hacer la corte á sus Altezas Serenísimas, á las que guardaré el más respetuoso afecto hasta el último momento de mi vida. Contad igualmente con la estima y la amistad que os he consagrado.

Á propósito de incendio, hay quien pretende que pegarán fuego á Ginebra este invierno. No lo creo; pero si pretenden quemar á Fernay y á Tournay, el regimiento de Conti y la legión de Flandes, que están ocupados en poblar mis pobres aldeas, tomarán mi defensa.

Á M. DE CHABANÓN

18 de Diciembre de 1767

Mi querido hijo, amigo y colega. No soy muy fuerte en *re*, *mi*, *fa*, *sol*. Tengo el oído duro, y soy algo sordo. Sin embargo, os confieso que hay aires en *Pandore* que me causan el mayor placer. Recuerdo, por ejemplo, á pesar mío:

Ah! vous avez pour vous la grandeur et la gloire.

Otros pasajes han producido en mi gran impresión, y me dejan aún como un ruido confuso en el tímpano.

¿Por qué se saben de memoria los versos de Racine? Porque son buenos. Es preciso, pues, que la música que aprenden de memoria los ignorantes sea también buena. Se me objetará que todo el mundo dice de memoria:

J'appelle un chat un chat, et Rolet un fripon.
Aimez-vous la muscade on en a mis partout, etc.

Son coplas de ciego, y sin embargo, todo el mundo las sabe; se me dirá también que la mayor parte de las arietas de Lully son igualmente coplas de ciego y barcarolas de Venecia; estamos de acuerdo: por eso se aprenden, no como buenas, sino como fáciles. Pero por poco gusto que se tenga, puede uno grabar en la memoria el *Arte poética* y cuatro actos enteros de *Armida*. La declamación de Lully es una melopea tan perfecta, que declamo todo su recitado siguiendo las notas y dulcificando sólo las entonaciones; entonces hago el mayor efecto sobre los oyentes, y no hay nadie que deje de conmoverse. Por lo tanto, la declamación de Lully es natural, está adaptada á la lengua, y es la expresión del sentimiento.

Si este admirable recitado no hace hoy el mismo efecto que en el hermoso siglo de Luis XIV, es porque no tenemos actores, que nos faltan en todos los géneros; además las arietas de Lully han hecho daño á su melopea, y la flaqueza de sus sinfonías ha ejercido funesta influencia sobre su recitado. Hay que convenir en que hay mucho de arbitrario en la música. Lo único que podré afirmar es que en el *Pandore* de M. de La Borde hay muchas cosas que me producen el mayor placer.

Á M. MOREAU

Fernay, 18 de Enero de 1768.

Os renuevo, señor, este año el justo tributo de gracias que ya os he hecho por los árboles que he recibido y plantado. No me desalientan la vejez, ni las enfermedades, ni el rigor del clima. Aun cuando sólo hubiera roturado un campo, y aun cuando sólo hubiera logrado

UNIVERSIDAD DE PUEBLA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO MATEO"
FERNAY, 18 DE ENERO DE 1768, MEXICO

hacer que prosperasen veinte árboles, siempre sería un bien que no se perderá. Temo mucho que las heladas, después de las grandes nevadas, hielen las raíces; por que nuestro invierno es lo mismo que el de Siberia, dado que nuestro horizonte se halla limitado por cuarenta leguas de montañas cubiertas de hielo.

Es un espectáculo admirable y horrible de que los parisienses no tienen seguramente la menor idea. La tierra se hiela con frecuencia hasta dos ó más pies de profundidad, y después vienen calores que la desecan, tales como se experimentan en Nápoles.

Me propongo, con vuestra aprobación, hacer quitar el hielo al rededor de las nuevas plantas que debo á vuestra amistad, y hacer esparcir al pie de las mismas estiércol de vaca mezclado con arena.

El ministerio nos ha hecho una hermosa carretera, y yo he plantado á orillas de la misma árboles frutales para que coma fruta todo el que quiera. La madera de estos árboles presta siempre grandes servicios. Me imagino, señor, que no habéis debido sacar mucho más provecho que yo de todos los libros que se hacen en París junto á la chimenea, acerca de la agricultura. Son tan inútiles como los proyectos y divagaciones del gobierno: *Experientia rerum magistra*.

Tengo el honor de ser con el mayor agradecimiento, vuestro, etc.

Á LA SEÑORA DUQUESA DE CHOISEUL

Ferney, 8 de Febrero de 1768.

Señora, un anciano casi ciego y una joven que se enorgullecería de tener unos ojos como los vuestros, os suplican que os dignéis aceptar sus homenajes y su

tributo de gracias. Debemos á vuestra protección todo lo que el señor duque de Choiseul ha tenido á bien conceder á M. Dupuits. Si el buen viejo y yo tuviésemos alguna pequeña parte de la herencia de Pedro Corneille, la emplearíamos en grandes versos alejandrinos para demostraros nuestro agradecimiento; pero los tiempos son muy duros, y los versos que hoy se hacen no lo son menos. Desconfiamos hasta de la prosa. Entendemos tan poco los libros que nos envían de París, que tememos haber olvidado nuestra lengua.

Nos avergonzamos por completo de expresar nuestra extrema sensibilidad en estado tan bárbaro; pero os rogamos, señora, que tengáis en cuenta que somos alóbroges. Gente venida de Versalles nos ha asegurado que hacía falta en absoluto tener delicadeza y rectitud de inteligencia, así como también gusto y gracia, para atreverse á escribiros. No los hemos creído. No somos de vuestra especie, y nos lisonjeamos, por el contrario, de que vuestra superioridad se muestre indulgente, y que la gracia no rechace á la inocencia.

Con esta confianza, y con el más profundo respeto somos, señora, etc.

Á M. THIRIOT

.....
 No sé de qué trata una comedia italiana cuya paternidad me imputan. *Quand me mariera-t-on?* Es la primera vez que oigo hablar de ella; es una mentira absurda. Dios ha permitido que haga piezas de teatro por mis pecados; pero no he hecho nunca farsas italianas; podéis quitar eso de vuestras anécdotas.

No sé cómo ha caído en manos del tal Frerón, una